

tanto la religion como la filosofía. Pero ¿á qué se reducía aquel politeísmo restaurado? A una especulacion filosófica, buena para los sabios, incomprendible para el pueblo. Para las masas el politeísmo siguió siendo lo que habia sido siempre: el culto de la naturaleza (1).

Nada prueba mejor el error en que habia caído la filosofía que los resultados que produjo. Los primeros neoplatónicos, Plotino y Porfirio, sin dejar de buscar la verdad bajo los mitos del paganismo, no profesaban una fe absoluta en la mitología pagana; por el contrario, acomodaron la religion á sus sistemas. Después de Porfirio, la filosofía se convirtió en religion; aceptó sin reserva el politeísmo, creyó en la existencia positiva de los dioses, en la eficacia del culto que se les tributaba. Los filósofos sacrificaron en los templos, evocaron con palabras sagradas á las potencias invisibles, consultaron los oráculos, buscaron la voluntad divina en las entrañas de las víctimas. Los últimos neoplatónicos fueron ménos filósofos que sacerdotes del paganismo. ¡Qué derrota para la filosofía! La doctrina se resintió de estos extravíos, degeneró en supersticion: la teurgia reemplazó á la ciencia como preparacion á la vida divina: el éxtasis y la comunicacion directa con Dios no dejaron ya lugar para el trabajo regular de la inteligencia (2).

Tales fueron los destinos del neoplatonismo. La filosofía se salía de su terreno; extralimitándose de este modo, su ruina era inevitable. Los neoplatónicos sucumbieron en su lucha con el cristianismo; pero ¿quién ha sido realmente el vencido? ¿La filosofía? Léjos de perecer, las grandes verdades descubiertas por los filósofos fueron recibidas por el cristianismo bajo la forma de dogmas. Lo que pereció fué el paganismo, al cual imprudentemente se habia aliado la filosofía. El neoplatonismo debia fracasar en una empresa imposible, la restauracion de lo pasado. Pero el elemento realmente filosófico del neoplatonismo no pereció; es inmortal como la religion, porque es una de las necesidades de la naturaleza humana.

(1) VACHEROT, *Historia de la Escuela de Alejandria*, t. II, p. 98, 183.

(2) *IBID.*, *Historia de la Escuela de Alejandria*, t. II, p. 119, 141, 143.

Aquí acaba la filosofía antigua; ha preparado el cristianismo, ha ayudado á su desarrollo, aún combatiéndolo. Desde ahora el pensamiento va á ejercerse sobre los dogmas cristianos. Pierde en apariencia su libre vuelo; esto consiste en que en la Edad Media las creencias satisfacen á la razon humana; la filosofía y la religion van acordes. Pero llegará un dia en que la filosofía se divorciará de la religion. El cristianismo tiene la pretension de ser inmutable; la filosofía no puede aceptar esta inmutabilidad. Em prende nuevamente la lucha con el cristianismo, y esta vez la filosofía sale victoriosa. Los Celsos, los Porfirios, los Julianos, tienen sucesores; más afortunados que sus antecesores, no combaten por el pasado, sino por el porvenir. Los libre-pensadores aceptan lo que tenia fundamento en la crítica que la filosofía antigua hacia del cristianismo. Atacan la revelacion, la unidad absoluta, y triunfan. Pero, traspasando su objeto, quieren destruir toda religion. No advierten que ellos á su vez preparan una nueva era religiosa. La filosofía y la religion son igualmente indestructibles; pero cada una tiene su esfera y su mision propias. Tal es la gran leccion que nos da la lucha de los neoplatónicos contra el cristianismo.

## SECCION II. — LOS PADRES DE LA IGLESIA.

Los Padres de la Iglesia han sido severamente juzgados por la reforma y por el siglo XVIII. La tendencia del protestantismo es á disminuir la autoridad de la tradicion, para atenerse exclusivamente á las Sagradas Escrituras. Bajo este punto de vista, los Santos Padres se confunden casi con Roma y el Pontificado; de aquí resulta que los reformados los tratan como enemigos más bien que como Padres. Esta sorda hostilidad se revela en cada una de las páginas del tratado de Barbeyrac sobre la *Moral de los Padres de la Iglesia*. Los filósofos son todavía más desdenosos. Voltaire, enseñando á algunos amigos dos ó tres estanterías llenas de infolios, les dijo: «Aquí están los Padres de la Iglesia griega y latina; esto

invierno los he leído, pero ya me la pagarán.» Escuchemos la voz más grave de Herder, el cual reúne en sí las antipatías de la reforma y las pasiones de la filosofía; después de haber condenado las apologías que algunos ciegos intérpretes de la Escritura han hecho del celibato y de la vida contemplativa, exclama: «¿De dónde proviene que tan pocas veces se encuentre una moral pura en las obras de los Padres de la Iglesia, y que el bien y el mal, el oro y el plomo estén en ellas mezclados frecuentemente? Sin hablar de la composición y del estilo, y limitándonos á la moral y al espíritu general, pregunto: ¿en qué consiste que nos es imposible colocar al lado de la escuela de Sócrates un solo libro de los hombres más excelentes de aquellos tiempos? ¿De dónde procede que las mejores máximas de los Padres, comparadas con la moral de los Griegos, contienen todavía tantas exageraciones monacales? Consiste en que la nueva filosofía había falseado de una manera extraña el pensamiento del hombre, enseñándole á divagar por los espacios celestes en lugar de vivir en la tierra; y como no puede haber mayor enfermedad que ésta, no hay nada más digno de lástima que verla extenderse por la doctrina, la autoridad, la institución, hasta el punto de enturbiar durante siglos enteros las fuentes más puras de la moral» (1).

Hay algo de verdad en estos violentos ataques. La comparación entre los Padres de la Iglesia y los filósofos de la Grecia no es ventajosa para los primeros. Los cristianos mismos confiesan la inferioridad de los escritores eclesiásticos bajo el punto de vista del arte: habiendo nacido en una época de decadencia literaria, se vieron naturalmente contagiados por el gusto corrompido de sus contemporáneos (2). Esta corrupción no es la única causa que hace fatigosa y fastidiosa la lectura de sus obras. Todos cuantos elementos erróneos contiene el cristianismo aparecen en los escritos de los Padres, ocupando en ellos un lugar demasiado considerable para los lectores del siglo XIX. ¡Cómo hemos de leer con interés las narraciones de los milagros y las descripciones de las reliquias! Los comentarios y las discusiones sobre las Sagradas Es-

(1) HERDER, *Ideas sobre la filosofía de la historia*, XVII, 3.

(2) FENELON, *Carta acerca de los trabajos de la Academia Francesa*, § IV.

crituras ocupan enormes infolios. Se puede admirar por un momento la ingeniosa flexibilidad del espíritu griego, que trasforma las atrocidades del Antiguo Testamento en moral y en filosofía; pero estos esfuerzos acaban por cansar, porque no presentan ningún interés para nosotros. La pretensión del cristianismo de fundarse en una revelación divina, de la que dan fe los libros sagrados, imprime á los trabajos de los Padres una dirección que desagrade, aún cuando tratan las cuestiones más elevadas. Para ellos no se trata de demostrar la verdad de tal ó cual dogma, sino de probar que se halla contenido en la Escritura. ¡Cuánta inteligencia han gastado por encontrar la Trinidad en la Biblia y en el Evangelio, donde, sin embargo, es inútil buscarla!

Se comprende con esto que las obras de los Padres de la Iglesia estén casi condenadas al olvido en nuestra sociedad moderna. Verdad es que ésta se llama cristiana, pero no lo es más que en apariencia; hay un abismo entre nuestro concepto de la vida y el espiritualismo cristiano. Jesucristo y los Apóstoles enseñan que los hombres son extranjeros en este mundo, que su patria está en el cielo, que el ideal de la vida es desprendernos de todos los lazos que nos unen á la realidad, propiedad, familia, Estado. Los más grandes pensadores del cristianismo están imbuidos en estos errores. Viviendo en medio de un mundo que presentaba todos los signos de la decrepitud, los Padres de la Iglesia conocen que la sociedad se muere, pero no piensan en volverla á la vida. ¿Qué les importa el mundo? Esperan su fin como su salvación. No cesan de predicar á los fieles el abandono de sus bienes, de sus familias; sus obras están llenas del elogio de la virginidad, de la exaltación de la vida solitaria; toleran más bien que aceptan el matrimonio; abandonan el imperio al César. Estos sentimientos no son los nuestros. De aquí resulta el poco atractivo que presentan los Padres de la Iglesia aún para los cristianos.

¿Deberemos, pues, dejar á los Padres de la Iglesia en el polvo de las bibliotecas, adonde los ha relegado la indiferencia cristiana?

Hemos seguido los progresos realizados por la filosofía en el terreno del derecho de gentes entre los Griegos y los Romanos. Los Padres de la Iglesia no se ocupan de estudios políticos. Apé-

nas en la inmensa coleccion de sus obras se trata de la guerra, de la paz ó de las relaciones de los pueblos. ¿Quiere esto decir que hay un punto de detencion en la marcha del espíritu humano? Aun cuando se dice indiferente á los intereses de la tierra, la religion cristiana preside los destinos del mundo nuevo. Los Padres no hablan del derecho de gentes; pero profesan creencias que tienden á trasformarlo. En la antigüedad dominaba la fuerza; la doctrina cristiana contiene el gérmen de la paz. La unidad, la fraternidad de los hombres, enseñada por Jesucristo, es el fundamento religioso de las reglas que deben regir las relaciones internacionales. Verdad es que los Padres no piensan en reformar el derecho de gentes ni el derecho público. Pero una vez cambiados los sentimientos la sociedad se modifica necesariamente.

Tal es la importancia de la religion; contiene el principio de la organizacion de las sociedades. Los Padres de la Iglesia han formulado el dogma; la humanidad sabrá sacar las consecuencias. Por este concepto la filosofía cristiana merece un lugar en la historia del progreso social. Se concibe ordinariamente el cristianismo como una doctrina inmutable, revelada por Dios, y contenida por completo en los libros santos. Esta opinion es errónea, aún desde el punto de vista del catolicismo: sin dejar de admitir que las verdades fundamentales se encuentran en la Escritura, la Iglesia no niega que estas verdades han sido desarrolladas sucesivamente por los Santos Padres. Este pretendido desarrollo es frecuentemente una innovacion introducida por los Padres en el dogma cristiano. Los protestantes lo confiesan, en cuanto un cristiano puede confesar que su creencia no procede directamente de Jesucristo. «No hay una línea, dice un escritor reformado, una letra de la teología primitiva, que no haya sido cien veces estudiada y variada. Conocemos la genealogía de cada artículo de fe, el día del nacimiento de cada fórmula» (1). La filosofía va más léjos, no ve en el Evangelio más que la predicacion de la ley de amor y de unidad; los trabajos de los Padres, á contar desde San Pablo, son los que han fundado el dogma (2). Cuando llegan los

(1) REUSS, *Historia de la teología cristiana en el siglo apostólico*, t. I, p. 6.  
 (2) VACHEROT, *Historia de la Escuela de Alejandria*, t. I, p. 168, 169, 182.

Bárbaros, la doctrina de la Iglesia está ya completa. La filosofía de la Edad Media no añade nada á la teología cristiana. En la época moderna la Iglesia está muda, vive de la gloria de lo pasado. Hay más; acontece que los doctóres cristianos alteran la doctrina de los Padres, para acomodarla á las tendencias de una sociedad que rechazaría léjos de sí el cristianismo, si le fuera presentado en toda su severidad. Para apreciar el cristianismo en lo que tiene de verdadero y de falso, hay que recurrir á los escritos de aquellos á quienes la Iglesia reconocida honra con el nombre de Padres.

Separar en la teología cristiana lo verdadero de lo falso, tal es la mision religiosa de nuestra época. Los filósofos del siglo último han confundido en una misma reprobacion las verdades y los errores. Esto es desconocer la grandeza del cristianismo y romper la cadena de las tradiciones. La religion, como todos los elementos de la humanidad, se desarrolla sucesivamente bajo la ley del progreso. Por lo mismo que todo es perfectible, todo es imperfecto; el deber del género humano es desechar lo que hay de erróneo en sus creencias, á medida que la verdad se va desprendiendo de las nubes que la oscurecen y que la alteran. Pero al reconocer los errores de lo pasado, tengamos cuidado de no condenarlos de una manera absoluta. Esto sería ponernos en la imposibilidad de trabajar en nuestro perfeccionamiento, fin ideal de nuestra vida. Porque el porvenir procede de lo pasado. Así como el cristianismo procede de la antigüedad, la religion futura procederá de la sociedad cristiana. Si queremos trabajar en este porvenir, si queremos preparar el camino para aquellos que, más afortunados que nosotros, han de pasar de las angustias de la duda y de la investigacion á la felicidad de la fe, debemos entregarnos con ardor al estudio filosófico del cristianismo. Tal es el inmenso interes que los Padres de la Iglesia presentan para el siglo XIX. Debemos buscar en ellos el verdadero cristianismo y tratar de descubrir las verdades que se ocultan bajo sus símbolos y bajo sus mitos.

Este trabajo tiene sus escollos. Los teólogos y los filósofos alemanes no han sabido evitarlos. Tambien ellos han buscado las verdades contenidas en los misterios cristianos. Satisfechos con sus descubrimientos, han proclamado que las abstracciones de la filo-

sofía son idénticas con el cristianismo, que el cristianismo y la filosofía enseñan las mismas verdades. ¿En qué viene á parar este sistema de interpretacion? En representar al cristianismo como la expresion de la verdad absoluta. Puede decirse á estos doctores lo que hemos dicho de los neoplatónicos: Vuestras fórmulas no son la religion; la Iglesia las rechaza, y las masas prefieren los mitos; vuestro trabajo es estéril. Nosotros tendremos más valor y más franqueza en nuestras apreciaciones. No hemos tratado de ocultar que el cristianismo tradicional no satisface ya ni al sentimiento religioso ni á la inteligencia. Es preciso, pues, que en su concepcion de Dios, del hombre, de las relaciones del hombre con Dios, de la vida política y civil, haya errores fundamentales. Los hemos ya señalado y los señalaremos aún. Si á nuestras críticas añadimos afirmaciones, es inútil protestar que no tenemos la pretension de construir una religion nueva. Lo que expresamos son nuestras creencias. Que cada cual penetre en el fondo de su alma é interroge á su conciencia respecto de los problemas fundamentales de la vida; que nadie tema confesar en alta voz sus convicciones, y la solucion de las formidables dificultades que atormentan al género humano habrá avanzado un gran paso.

---



---

## CAPÍTULO II.

### CONCEPCION DE DIOS. SAN ATANASIO.

#### § I.—El dogma de la Encarnacion del Verbo.

##### I.

Atanasio es contemporáneo de Constantino. El primer emperador cristiano ha sido celebrado por amigos y enemigos como el fundador del cristianismo, al paso que el obispo de Alejandría no desempeña, al parecer, más que un papel secundario; su nombre es oscuro en comparacion de la deslumbradora gloria del César. Sin embargo, para el que penetra en el fondo de las discusiones teológicas que ocuparon toda la vida de Atanasio, el santo es el verdadero fundador del imperio. La ciudad de Constantino ha sido presa de los Bárbaros, y la obra de Atanasio parece desafiar á los tiempos: esta obra es el catolicismo: el obispo griego es el precursor de Gregorio VII. Los Santos Padres lo han presentido; comparan á Atanasio con los Apóstoles; le llaman *el Padre de la fe ortodoxa*, *el fundamento de la Iglesia*, *el obispo católico* por excelencia.

La existencia de Atanasio se concentra en una lucha gigantesca con el arrianismo. Una gran parte del mundo cristiano se habia declarado por Arrio; un solo hombre hizo frente á todos sus adversarios, teólogos y emperadores, y los venció. Los oscuros debates acerca del *omoousios* y el *omqiousios*, han tenido el privile-